

Ni bien Laura partió aquella tarde hacia Francia, su familia quedó sumida en un pequeño silencio y con el sabor amargo que solamente puede tener la nostalgia. Los invadió un aire mudo lleno de gesticulaciones que no decían nada en concreto, pero que escondían todo aquello que hubieran querido expresar sin prejuicio. Se mezclaron el duelo de la partida y la alegría de aquella hazaña que emprendió la pequeña.

El desconcierto los abrazó despacio y sin aviso, mientras que el vacío de su ausencia los llenó de interrogantes. Se sentaron a la mesa para tomar un café y comer algo de lo que había quedado de la despedida, pero ninguno pronunciaba aunque fuera una palabra. Todo se había vuelto silencio de misa y frío de muros. Mantuvieron la cabeza baja hasta que llegó la noche.

Solo quedó el sonido de los suspiros cayendo lento, como caricias que se perdían y morían sin haber sido sentidas. Luego, se fueron uno a uno a sus cuartos.